



## VIII

### *Jesucristo en el Santísimo Sacramento es nuestra Vida.*

*Et ipse vivet propter me.*  
Y él mismo vivirá por mí.

JOAN. VI, 58.

1. Un leve soplo divino infundido á una masa de inmundo cieno con figura humana: he aquí la esencia del hombre. Bien pueden los filósofos entretenerse en lo que es el alma y sus cualidades; bien pueden disputar sobre sus fenómenos íntimos; bien pueden discurrir acerca de sus estrechas relaciones con el cuerpo: lo indudable es que la vida humana es participación de la divina. No así el alma de los brutos que, siendo únicamente sensitiva, es producida por un acto externo de la omnipotencia; mientras que la vida del hombre, eso mismo que llamamos alma, aun cuando sea creada por un acto libre de la voluntad divina, como lo son los demás seres, empero es más bien una especie de dilatación de ese acto interno purísimo y único que constituye al Ser divino; es una extensión, aunque momentánea, de la vida divina en el hombre, y que se transmite por generación de un ser á otro ser, que por esto mismo el hombre es una fotografía bastante exacta del Creador.

Mas al modo que el cuerpo material del hombre necesita de un principio vital que le ponga en ordenado movimiento, así el alma, vida del cuerpo, necesita, para su movimiento propio, de otro principio vital superior; porque no hay que olvidar que el alma y el cuerpo pertenecen á distintos mundos; y como al cuerpo le precisa el alma, á ésta le es indispensable Dios.

2. Sí; Dios es quien da ser al alma; y no me refiero precisamente al ser natural que le confiere en el acto de la concepción humana, sino que, siendo ella para su Creador, me refiero exclusivamente al ser que necesita para llevar vida semejante á la de Dios, vida sobrenatural, vida de la gracia que le comunicó por la Redención y le aplica mediante los sacramentos de la Iglesia. «Yo vine, dijo el Salvador, para que los hombres tengan vida y para que la posean con más abundancia (1);» y Jesucristo, llevado de este amoroso pensamiento, quiere comunicar al alma su vida de acción divina, vida que no puede ser comunicada de un modo completo, íntimo y feliz sino por medio de la invención más prodigiosa que realizó el Redentor, por medio de la Santísima Eucaristía: «El que come mi carne y bebe mi sangre tiene vida en sí mismo (2).» Mas no está dicho todo; es preciso confesar que en el presente estado de cosas, después que Jesucristo ha instituido la Santa Eucaristía, el alma no puede gozar de la vida divina si no participa del Cuerpo y de la Sangre del Salvador: «Si no comiereis la Carne del Hijo del Hombre y bebiereis su Sangre no tendréis vida en vosotros (3).» Las palabras de Jesucristo son expresas, terminantes, preceptivas.

Estudiemos, pues, que *La percepción sacramental de la Eucaristía causa la vida de la gracia divina; 1.º en el tiempo y 2.º en la eternidad; ó sea: que esta sacramental percepción es la vida temporal y la vida eterna de los cristianos.*

(1) Joan. X, 10.  
(2) Joan. VI, 54.  
(3) Id.

## §. I.

Al ocuparme de que Jesucristo en la bella Eucaristía es la vida temporal del católico, ó que causa en él la vida de la gracia en el tiempo, no es mi ánimo demostrar indirectamente esta proposición, como la traté en los títulos de «Padre,» «Alimento» y «Sustento,» no; mi deseo es probar directamente que la sagrada Comunión es la que da al alma el ser de Dios, la gracia de Dios, la vida divina; y que sin Ella, ó al menos, sin respecto á la misma, el humano espíritu no puede gozar absolutamente la vida sobrenatural de los hijos de Dios.

3. Con efecto: es indicado el nombre de pastos en las sagradas Letras por un lugar, no sólo necesario para sustentar la vida, sino además, abundante y pingüe para fortalecerla; y aunque algunas veces tiene un sentido material, según determina la letra, empero, convertido al espiritual sentido, según parecer de los Santos Padres, da á entender claramente que el alma necesita de estos pastos para vivir, pues son su vida. Expuestos estos preliminares, el profeta David, hablando en espíritu de la Santísima Eucaristía, dice estas memorables palabras: «El Señor me ha colocado en un lugar de pastos y convirtió mi alma (1).» Y ¿qué pastos son éstos que tienen la poderosa virtud de convertir el alma, siendo así que sólo Dios posee el secreto de la espiritual conversión? ¡Ah! sin disputa alguna deben ser los de la divina Eucaristía, la cual á más de sustentar el espíritu le convierte á la virtud y á la perfección cristiana, y puede transformarle completamente en ameno vergel donde el Señor se recree y tenga sus mejores delicias. En otro salmo, el citado vate, refiriéndose al propio asunto, dice proféticamente: «Nosotros somos un pueblo de su pasto (2).» Como si dijera: Los cristianos formarán un pueblo tan regalado que por alimento tomarán la Carne y la Sangre del Hijo de Dios.

Mas, sobre todas las precedentes autoridades, declara el

(1) Ps. XXII, 2 y 3.  
(2) Ps. XXXVII, 7.

Espíritu Santo que la Eucaristía es el pan que sustenta el alma: «Les dió á comer, dice, del pan de la vida (1).» No solamente la Eucaristía es el pan de la inteligencia, si que también es el pan de la vida, ó que sin dicho Pan, el humano espíritu no puede subsistir en orden á su salvación eterna. Estas frases bíblicas comenta el Angélico (2), diciendo que, «siendo las cosas corporales ciertas semejanzas de las espirituales, convenía que los sacramentos se acomodasen á aquellas cosas que son necesarias para la vida corporal... y así como ésta necesita un alimento para sustentarse, también la espiritual necesita el de la Eucaristía, que es este Pan de vida de que habla el Espíritu Santo.»

4. Jesucristo Nuestro Señor indicó, asimismo, que la percepción de la Eucaristía es la vida temporal del cristiano. «Yo soy el pan de la vida,» dice. He de advertir, empero, que estas frases equivalen á estas otras: Yo soy el pan del alma, porque el alma es la vida del cuerpo; por lo tanto, si Jesucristo no intentara declarar que Él es el pan del alma no hubiera empleado la palabra *vida*. Tales frases fueron explicadas á continuación por el mismo Salvador, cuando dijo: «Vuestros padres comieron el maná en el desierto y murieron; mas éste es el pan que baja del cielo para que el que coma de Él no muera (3).» Ahora bien; todos estamos sujetos á la muerte; todos pagaremos este violento tributo á la naturaleza; por lo cual advierte el Señor que, siendo el maná, comida corporal, no pudo preservar de la muerte corporal á los israelitas, pero que, siendo el pan que Él daría el mismo Verbo, que bajaba del cielo, tenía que preservar de la muerte, y ¿qué género de muerte? La del alma, puesto que la del cuerpo estaba inviolablemente decretada. Y con efecto; declara el Hijo de Dios que el que comiere de este pan no morirá; luego este Pan es la vida del alma, vida que es indispensable recibir mediante la Comunión sacramental, ó

(1) Eccli. XV, 3.  
(2) Comment. in D. Paul., epist.  
(3) Joan. VI, 49 y 50.

al menos con el deseo de la misma, que es de la manera como Jesucristo comunica su vida al humano espíritu.

5. Explica el Salvador de qué modo el cristiano que le recibe adquiere esa vida divina. «Á la manera, dice, que me envió el Padre viviente y yo vivo por el Padre, así también el que me come, él mismo vivirá por mí (1).» Los santos Padres comentan admirablemente estas bellas frases. S. Juan Crisóstomo dice así: «Como yo vivo por la unión que tengo con mi Padre, que es el principio de mi vida divina, así el que me coma vivirá también una vida eterna, sobrenatural y divina, efecto de la unión que conmigo tiene (2)». Un celebrado autor moderno (3) añade: «Así como el Hijo de Dios, mediante la generación eterna, recibe de su Padre el ser y la vida de Dios y todas las virtudes, perfecciones y obras de Dios, de suerte que el Hijo por esta generación es un Dios con su Padre, vive en Él, y por Él, y es sabio, bueno, santo é infinito como Él y con Él tiene un mismo sentir, querer y obrar en todas las cosas, así también, el que dignamente come á Cristo Señor Nuestro, en este Sacramento, en virtud de esta Comida recibe por participación el ser y la vida de Cristo, sus perfecciones y virtudes y la conformidad con Cristo en el sentir, querer y obrar lo mismo que Cristo, de suerte que sea un espíritu con Él y pueda decir aquello de S. Pablo: Vivo yo, mas no yo, sino que Cristo vive en mí.» ¡Oh! qué elevación la del cristiano cuando llega á posesionarse de la Vida de Jesucristo! «¡Oh! sacramento de piedad, exclama lleno de gozo el Agustino, oh signo de unidad, oh vínculo de caridad; quien pretenda vivir tiene de donde obtener la vida. Lléguese, crea, incorpórese para quedar vivificado (4).» Es, pues, la Sagrada Eucaristía vida temporal del alma; de la Eucaristía ha de recibir el poderoso influjo si desea participar de la vida divina que es su única vida, puesto que ésta es su único centro y su descanso.

Á la manera que el fuego penetra en el hierro y le comu-

(1) Juan. VI, 58.

(2) In cod.

(3) V. P. Lapuente, Medit. P. VI, medit. 42.

(4) Tract. 26 in Joan. circa med.

nica sus propiedades, así Jesucristo, mediante la recepción eucarística, penetra en el alma y le presta sus excelencias y sus virtudes; y como el fuego es para el hierro su especie de vida, puesto que le comunica aptitud para ser maleado á voluntad del artífice, así Jesucristo Sacramentado, fuego consumidor, es vida para el alma, puesto que la presta idoneidad para ser labrada á disposición de su Creador.

¡Qué consuelo no es para el fiel católico llevar en este destierro, y en medio de tantas miserias, la vida, la propia vida del Hombre-Dios, cuando todas estas miserias quedan consumidas por el fuego abrasador del Sacramento? Consideración por cierto capaz de convertir un alma del estado de tibieza al de fervor y de transformarla en un ser divino, que deje tras sí huellas benditas, en pos de las cuales los hombres corran sedientos del agua de la eterna vida.

6. Díganlo si no los siervos de Dios, que experimentaron en sus hermosas almas la vital influencia de la Santa Eucaristía. Un S. Francisco Caracciolo, fundador de los Clérigos Regulares Menores, que no sólo mantenía su vida espiritual con el Santísimo Sacramento, sino que, en su corporal existencia, experimentaba las influencias eucarísticas pasando las noches enteras en vela junto al Sagrario (1). Un beato Rogerio, franciscano, que, efecto del fuego interior que le devoraba, se agitaba todo su cuerpo y le rechinaban sus dientes, apareciendo rubicundo su rostro no obstante las horribles mortificaciones con que castigaba su cuerpo (2). Un beato Gentil de Mathelica (3) y un beato Sanctes (4), que se extasiaban siempre que se hallaban ante el Dios de los altares. Un S. Leonardo de Porto Mauricio, que propagaba con ardor el culto eucarístico, mereciendo introducir en muchas partes la adoración continua á Jesús Sacramentado (5). ¿Quién, pregunto, movía á estos bienaventurados á que ejecutasen obras tan santas? ¿quién les impulsaba á pro-

(1) Brev. Rom. Francisc. 4 Junio, Lec. VI.

(2) Cronic. Seraf.

(3) Brev. Rom. Franc. 5 Septb., Lec. IV.

(4) Id. 14 Agosto, Lec. V.

(5) Id. 26 Noviembr. Lec. VI.

fesar un amor tan ardiente al Salvador? ¡Ah! Jesucristo, y sólo Jesucristo Sacramentado, que les había comunicado su vida divina y sus excelsas virtudes.

## §. II.

Pero el Santísimo Sacramento del Altar, no sólo es vida temporal de las almas justas, según he declarado anteriormente, sino que también causa la vida eterna, y es asimismo la propia eterna vida. Si para algún objeto vino el Salvador al mundo, si para algo se fatigó y experimentó amargos sufrimientos, si para conseguirnos algún bien excelente instituyó los sacramentos, fué para otorgarnos en último término la eterna bienaventuranza. El Redentor quiso cifrar en la percepción eucarística una esforzadísima esperanza de conseguir el cielo, para cuyo fin ordenó que el mismo Sacramento fuese vida eterna, incoación feliz del premio que nos ha de conceder en la eternidad.

7. La Eucaristía es, en primer lugar, causa de la eterna vida. Dos veces el Salvador ha manifestado este hermoso dogma; aunque parece cosa extraña que, habiendo prometido al hombre ser salvo por el Bautismo y por la Penitencia, asegure ahora que no vivirá eternamente aquél que no participare del Pan sagrado. ¿Pero es que no poseerá la felicidad imperecedera quien no coma de la Carne sagrada de Jesucristo? Para salvarse, es indispensable absolutamente participar en realidad del Cuerpo del Salvador; mas no es preciso, al menos en los que no pueden ni deben, participar sacramentalmente del mismo Cuerpo y de la misma Sangre. Es indudable que semejante participación espiritual consiste, como enseña el Agustino (1), en estar unidos con Jesucristo mediante la gracia santificante; y los niños y los que por canónicos impedimentos no pueden percibir sacramentalmente al Salvador, pero que están en posesión de su gracia, alcanzarán la eterna recompensa, como afirma el Angélico, en orden al deseo de participar sacramental-

(1) Tract. 26 in Joan.

mente de la Eucaristía. Á los niños suple la Iglesia en el acto del Bautismo en cuanto que por este sacramento son hechos hijos de Jesucristo y aptos para recibir con el tiempo el Cuerpo adorable del Señor. Respecto de los demás, su misma contrición y penitencia contiene un deseo virtual de recibir sacramentalmente á Jesucristo. Por consiguiente, si se debe afirmar que la participación real espiritual del Cuerpo del Salvador es necesaria para obtener la vida eterna, y en este concepto las palabras de Jesucristo no pueden ser más concluyentes, también debe asegurarse que dicha participación espiritual es en orden á la sacramental, y desde este punto de vista las mencionadas palabras son todavía más concluyentes.

8. Pero la Santísima Eucaristía es, asimismo, la vida eterna. «El que come mi carne y bebe mi sangre, dice el Señor, tiene vida eterna (1).» Y, ¿qué es la vida eterna? Es la bienaventuranza de los elegidos; es el conocimiento de Jesucristo (2) que vino á redimir al mundo; es la Divina Eucaristía: tres acepciones, que si bien lo notamos, convergen todas á la última, que es causa de las demás. La Santa Eucaristía es, en efecto, prenda de la gloria futura, y Ella presta ciertamente la ciencia de conocer al Hijo de Dios, puesto que es por antonomasia Sacramento de la Fe; por manera que con toda propiedad podemos denominarla Vida eterna. De este bello compendio de prodigios habló el Salvador cuando dijo á la samaritana: «Quien bebiere del agua que yo le daré nunca jamás tendrá sed y en él se hará una fuente de agua que saltará hasta la vida eterna (3).» Y Jesucristo Sacramentado es esa fuente de agua (4) riquísima que proporciona vida, no una vida mortal, sino perdurable; no triste, sino alegre con la alegría eterna de los escogidos.

9. ¡Qué dichoso es el católico que puede decir con satisfacción íntima: Poseo la vida eterna! Poder adquirir el premio en el tiempo de las pruebas, mientras aun se trabaja

(1) Joan. VI, 55.  
 (2) Id. XVII, 3.  
 (3) Id. IV, 13.  
 (4) Jerem. XII, 13.

por lograrle, es un privilegio muy raro, pero no otra cosa consigue quien recibe debidamente á Cristo Sacramentado. Y, ¿qué esperanza de salvación no causará la Eucaristía? ¡Ah! Ella es el norte de nuestras aspiraciones y el Viático que nos conduce á la Gloria.

Los que vegetáis por este mundo apeteciendo una vida regalada, exenta de quebrantos y sinsabores, y rodeada por otra parte de gozos y satisfacciones; los que os devanáis por alargarla con los adelantos de la medicina y de la higiene, sin conseguir jamás eternizarla, ni mucho menos librarla de la enfermedad y del dolor: decidme, ¿por qué, con mejor acuerdo, no apetecéis la hermosa Eucaristía, fuente de sabiduría (1), obradora de salud (2), vida de las almas (3), torrente de delicias (4) y la misma vida eterna (5)? Más confianza en la palabra de Dios y menos fe en nuestras temporales lucubraciones que, á más de ser estériles, muchas veces duran poco tiempo. Aspiremos por lo que nunca acaba y recibamos la Santa Eucaristía, principio de ese mundo eterno al cual anhelamos llegar.

¡Dulcísimo Jesús Sacramentado! Vuestros somos; á Vos caminamos; en Vos esperamos descansar. Haced que comencemos por apreciar la vida eterna con que nos enriquecéis mediante esa Hostia de amor, á fin de que, reconociendo beneficio tan inmenso, os demos gracias y os alabemos ahora entre las miserias del tiempo para bendeciros más tarde entre los amenos vergeles de la eternidad.

#### EJEMPLO

Sto. Tomás de Villanueva, arzobispo de Valencia, cuenta un prodigioso hecho, por el que se deduce cuán necesaria es la Divina Eucaristía para las almas amantes de su salvación eterna. Lo referiré según el mismo bienaventurado lo escribe: Conocí una religiosa, beata agustina que, como el ciervo desea la fuente de las aguas, así ella apetecía recibir el

- (1) Bar. III, 12.
- (2) Ps. LXXXIII, 12.
- (3) Prov. III, 22.
- (4) Ps. XXXV, 9.
- (5) Loc. cit.

Cuerpo de Cristo Nuestro Señor. Se le hacía tan cuesta arriba dejar un solo día de comulgar, que si por ventura en el lugar donde moraba había entredicho ó cesación *a divinis*, partía á otra localidad, sólo por no perder la Sagrada Comunión. Llegó la solemnidad del Jueves Santo, en cuyo día, según costumbre eclesiástica, es colocado en el Monumento el Santísimo Sacramento, y el padre sacristán no reservó ninguna santa Partícula para que comulgase la sierva de Dios. Entonces, viendo ésta que en día tan solemne debía abstenerse de la percepción eucarística, comenzó á llorar con unas voces tan desgarradoras y á dar unos gritos tan lamentables como si llorase la muerte de algún querido hijo. En esta indecible amargura vió aparecer en el aire dos manos angélicas que conduciendo el Santísimo Sacramento lo depositaron en su boca, con lo cual fué trocado instantáneamente su inmenso dolor en desmedida alegría. Así premia Dios á los que en tanto aprecio tienen al Sacramento del Amor (1).

(1) Serm. II. Corp. Christi.